

interpretan este fenómeno según un código sobrenatural (lluvia de estrellas = signo celestial). Este fenómeno cósmico tiene una patente correlación con el cometa Halley, que tanta consternación y pavor causó en México, interpretándose como una «mala señal» o como el fin del (un) mundo<sup>19</sup>. Qué decir sino que este fenómeno cósmico tiene la misma función en *Al filo del agua* (1947), ya que el cometa es el heraldo del fin de un mundo (el Porfiriato) y el principio del nuevo México que surgirá de la Revolución de 1910. Esta homología de elementos entre *Al filo del agua* y *Pedro Páramo* tiene, por consiguiente, parecidas connotaciones políticas aunque —según comentaremos más adelante— sean en verdad de carácter diametralmente opuesto. Lo importante es observar que esta *lluvia de fuego* tiene un valor conmutable tanto por Comala como para México como nación, dada la concordancia histórica entre el fin de un dictador (Porfirio Díaz) y el principio del amenguamiento de un cacique (Pedro Páramo). Entre ambos —seres cuyos nombres sugieren la presencia de la cantera y la piedra, del edificio y la estatuaria, de sangre endurecida— se marca el término de una época local/nacional.

13

Intentemos ahora establecer una cronología de *Pedro Páramo*, según detalles encontrados en la narración. Sabemos que poco después del inicio de la Revolución, Pedro Páramo se prepara a recibir a Susana San Juan, pensando lo siguiente: «Esperé treinta años a que regresaras, Susana. Esperé a tenerlo todo» (SIV: 4DN, pág. 86). A la vez, sabemos que Pedro Páramo muere allá por 1927, según Dorotea («Y ya cuando le faltaba poco para morir vinieron las guerras ésas de los “cristeros”», SIV: 4DN, pág. 86). Lo mismo se deduce del diálogo entre doña Inés Villalpando y Abundio Ramírez (en SV: 3DN, pág. 124) poco antes del asesinato de Pedro Páramo a manos de Abundio. Se puede inferir, también, que al irse de Comala, Susana San Juan tendría por lo menos unos trece años y que Pedro Páramo tendría casi la misma edad (pese a la aparente preponderancia de Susana respecto a Pedro, véase SII: 1DN, pág. 16). La adolescencia es hecha manifiesta en el hecho de que Susana, al morir su madre

---

<sup>19</sup> Véase LUIS GONZÁLEZ, *Pueblo en vilo*, 3.<sup>a</sup> edición (México: El Colegio de México, 1979), pág. 417. Imprescindible para toda lectura de Rulfo, citemos de este libro lo siguiente: «Un hecho imprevisto vino a descomponer las cosas en febrero de 1881, fecha aproximada de la muerte del abuelo de Pedro Páramo y fecha en que entra de lleno la mengua de su patrimonio. Después de muchos días de lloviznas y heladas “se desató un viento huracanado que apenas permitía moverse”. Del viento salió “una nevada que comenzó al anochecer y terminó al clarear”. La nieve subió más de tres pulgadas. El sol amaneció más brillante y radioso que nunca. Nadie había visto antes nada parecido. La nevada le restó lucidez al cometa. Los cometas, como las visitas de obispo, eran raros, pero sucedían. Como los señores obispos, los cometas eran vistosos. Al contrario de los obispos, los cometas eran portadores de calamidades: hambruna, guerra y peste. La blancura y el brillo de la nevada, las plumitas de algodón y vidrio hicieron época. La nevada vino a cerrar la época que abrió la aurora boreal» (pág. 73). Diremos que esto nos prueba lo que nos demuestra, recorriendo a una expresión de la *Cuarraca* (más bien, de los santos): el mundo —en su sentido más alto— no es como unos piensan, «sin sentido» o «una Babel». El mundo no está ni vacío de sentido, ni mucho menos hay en él confusión: es una precisa y continua diseminación de signos. Lo que pasa es que el hombre, en ocasiones, no sabe interpretar su contorno terrestre o cósmico.

(antecedente inmediato a su partida de Comala), asocia su cuerpo naciente con la vitalidad de la naturaleza exterior:

Por la puerta abierta entraba el aire, quebrando las guías de la yedra. En mis piernas comenzaba a crecer el vello entre las venas, y mis manos temblaban tibias al tocar mis senos. Los gorriones jugaban. En las lomas se mecían las espigas. (SIV: 1DN, pág. 80.)

La llegada de Bartolomé y Susana a Comala se efectúa por el año de 1912: Bartolomé se encuentra en la sierra; al aproximarse la contienda civil a esas partes remotas es señal de que la Revolución habría empezado con algo de anterioridad. Pedro Páramo tendría entonces unos 43 años, muriendo de 58 en 1927. Nace, por consiguiente, por los años del triunfo de la Reforma, en 1869, a dos años de su logro. Al morir en 1927, Pedro Páramo muere en medio de las guerras cristeras.

Dado el carácter dioscúrico de Dolores y Eduviges, sus respectivos hijos no debieron haber nacido con mucha diferencia de años. Al saber que Miguel muere aproximadamente de diecisiete años (según Pedro Páramo, SIII: 26DN, pág. 68), y basándonos en el hecho de que cuando Susana regresa a Comala (1912) ya *ha muerto Miguel*, tendremos por resultado que Miguel nace aproximadamente en 1894, al igual que Abundio Ramírez, quien resulta ser de la misma estatura que Juan:

Después los dos íbamos tan pegados que casi nos tocábamos los hombros.

—Yo también soy hijo de Pedro Páramo —me dijo.

Una bandada de cuervos pasó cruzando el cielo vacío, haciendo «cuar, cuar, cuar»<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> La Naturaleza tiene una función constante y muy significativa en la obra de Rulfo: la descripción del paisaje, más que una presencia ornamental, es una presencia *ominosa* (e. g. «El Hombre», «En la madrugada») o *simbólica* (e. g. «Luvina», «Nos han dado la tierra»). Lo mismo acontece con las aves: son ominosas en el relato «En la madrugada» (la *lechuga* y lo que ese día significaría para don Esteban) y en *Pedro Páramo* (el *correcaminos* y Juan, que se *detiene* y muere en Comala); son simbólicas en «La Cuesta de las Comadres» (los *zopilotes* que se elevan al compás de los «tronidos» de los cohetes, por encima del cadáver mutilado de Remigio Torrico) y en *Pedro Páramo*: la bandada de cuervos haciendo *cuar, cuar, cuar*. Léase esto en el contexto de la novela y caeremos en la cuenta de que el *correcaminos* se asocia con lo inhóspito del lugar (peor que el infierno, según Abundio), mientras que los cuervos se relacionan con los *hijos* de Pedro Páramo. El hecho de que sea una *bandada* de cuervos (homólogos en aspecto), todos de la misma casta, sirve de correlato respecto a los hijos reconocidos en la novela como hijos de Pedro Páramo (habrá, quizá, más, pero en la novela se reducen a su aspecto implícito). Tres son los hijos nombrados en la novela —Juan, Miguel y Abundio—, correspondiendo a los tres sonidos de los cuervos. Esta reducción metafórica sufre, a la vez, otra transformación, convirtiéndose también en signo de las tres *variantes* filiales que tuvo Pedro Páramo: Juan (pasivo, débil de carácter); Abundio (pasivo/agresivo); Miguel (agresivo, fuerte de carácter). Abundio es el fiel de la balanza y es el que —borracho— mata a su padre. Este aspecto trinitario de los hijos tiene correspondencias también con sus respectivas «existencias» *después* de la muerte: Juan (cadáver) *descansa bajo tierra*; Abundio (ánima en pena), *actúa* intermitentemente *sobre la tierra*; Miguel (el «Colorado», por reducción metafórica) *galopa* eternamente *sobre la tierra* (en un espacio determinado). En resumen, en la casta Páramo hay dos transversales: una horizontal y la otra vertical; ésta tiene sus polos entre la región cósmica (*topos ouranós*) y el suelo ctónico, entre el ánima en pena y el cadáver guardado en el seno de la Tierra. La horizontal tiene sus polos entre *hombre* y *naturaleza*, y en ésta hay una constante reducción de lo humano a lo bestial. Abundio y Juan establecen una *verticalidad* en la casta Páramo; la *horizontalidad* la abarca, íntegra, el hijo más semejante a su padre: Miguel. Con su muerte, Miguel parecería perder su horizontalidad, dado el correspondiente fenómeno cósmico (luminarias celestes). Pero he aquí que estas luminarias significan la plenitud y comienzo de la desintegración de Pedro Páramo, marcadas por la muerte del hijo

Siendo el primogénito, Juan Preciado habrá nacido en 1893. Si todo lo anterior tiene alguna concordancia cronológica, entonces Pedro Páramo asesina a Toribio Aldrete —por conducto de Fulgor Sedano— en 1892, año en que se casa con Dolores Preciado.

Pero ya establecido lo anterior, surge otro problema: si Abundio y Miguel nacen aproximadamente en 1894, y si Eduviges se suicida cuando su hijo Miguel tiene escasos días de nacido, ¿cómo se explica el que Abundio, según Eduviges, haya tenido «acuerdos» con ella? («¿Así que todavía me recuerda? Yo le daba sus propinas por cada pasajero que encaminara a mi casa. Y a los dos nos iba bien», SII: 4DN, pág. 19). ¿Qué hacer con esta discrepancia?

Esto parece ser otra ficción de Eduviges, muy ducha en estos quehaceres, mucho más que Damiana Cisneros, quien se ve ante la necesidad de esfumarse repentinamente cuando no puede darle una respuesta satisfactoria a Juan:

—Sí. Quizá usted debió saberlo.

—¿Y por qué iba a saberlo? Hace muchos años que no sé nada.

—Entonces, ¿cómo es que dio usted conmigo?

—...

—¿Está usted viva, Damiana? ¡Dígame, Damiana!

Y me encontré de pronto solo en aquellas calles vacías. (SIII: 14DN, pág. 46.) Edu-

viges enreda bien a Juan con su retórica y ambigüedades; Damiana, más directa y, por lo mismo, más sencilla, se ve ante la necesidad de desaparecer por no tener respuesta que encubra la ficción, o más bien añagaza, que llevará a su muerte al último cuervo de la familia Páramo. Entre Abundio y Eduviges hay, por consiguiente, un acuerdo: ¿propósito? Llevar a Juan directamente a Comala, marcándole el rumbo de su destino, el destino de una prosapia caduca. De aquí que Abundio y Eduviges lleguen a conocerse sólo *después* de muertos; el vínculo que los une es su respectiva relación a Pedro Páramo (aparte del concubinato o genealogía): a través del *homicidio*; Eduviges, por medio de Toribio Aldrete; Abundio, por razón de parricidio. Con estas deducciones por base, ya podemos configurar esquemáticamente la vida de Pedro Páramo, una vida que, como se verá en seguida, se entreteje significativamente en la historia de México:

Pedro Páramo tiene en su vida dos plenitudes, una de juventud y la otra de madurez; ésta, en compañía de Miguel; aquélla, al lado de Susana. Cada uno de estos personajes que señalan sendas plenitudes vaticinan, también —y a su modo—, el desmoronamiento de Pedro Páramo.

---

más próximo al temperamento paterno. El «alboroto» del cielo no se debe, por consiguiente, a la muerte de Miguel sino al principio de la «muerte» de Pedro Páramo. La expresión *más auténtica* de la casta Páramo es, pues, aquella que eternamente cabalga sobre un espacio específico: entre Comala y Contla. Por conducto de sus tres hijos, Pedro Páramo alcanza tres transformaciones: cadáver, bestia, ánima; lo que está bajo y sobre la Tierra, aunque históricamente *muerto*.